

Enséñame a convivir, maestro/a (3)

Las dificultades de hoy para aprender a convivir

Rafael Villanueva

Sicario y No nacimos pa semilla, son dos novelas que cuentan la vida a la que muchos niños y niñas, en otros países, se ven sometidos cuando las condiciones económicas, sociales políticas y familiares se unen para formar un tejido social al revés, un tejido social donde los niños/as se encuentran atrapados desde los inicios de la vida a vivir y a malvivir desde el reverso de la historia.

En estas condiciones se aprende desde muy pequeños a resolver los conflictos, casi siempre de manera violenta, y las competencias socioemocionales se borran, casi totalmente, desde la necesidad de sobrevivir, que aniquila cualquier huella de sensibilidad ante los demás. Así, su familia son los otros niños/as; los medios de comunicación y la calle son los libros donde aprenden diariamente y su objetivo en el proceso de enseñanza-aprendizaje es sobrevivir a costa de lo que sea y de quien sea.

Aumentan entonces los desechables, seres humanos que estorban y que pueden ser fácilmente eliminados porque *“no están adaptados para la vida”*... y es que para poder vivir como un ser humano y para poder aprender a convivir con los demás se necesitan unas condiciones políticas, económicas, sociales, familiares, culturales y educativas. Cuando éstas fallan, no hay modo de poder entenderse.

Estas situaciones límites, que se dan en otras partes del mundo, tienen unas causas estructurales que producen la exclusión social. En la medida en que la exclusión social crece, aumentan las dificultades para la vida, y los problemas de convivencia se hacen más evidentes.

Pero no sólo estas situaciones límite hacen difícil la convivencia; en países de nuestro entorno y en el nuestro propio se dan una serie de circunstancias que conducen a las mismas o parecidas conclusiones.

No sólo en los ambientes de exclusión social se dificulta el aprendizaje para convivir. También en ambientes con mayores posibilidades de vivir las pautas, los valores, la dinámica familiar, la ausencia de figuras significativas, la sensación de abandono que experimentan los niños/as desde las edades más tempranas, la pérdida de los límites entre las obligaciones y los derechos, la ley del mínimo esfuerzo, la consecución fácil de lo que se desea, el no establecer normas claras desde el principio de la infancia, la permisividad constante en el ambiente familiar y la comprensión exagerada, entre otras, pueden hacer que no resulte fácil el aprendizaje de la convivencia.

El papel de la educación

Por eso, frente a los numerosos desafíos del porvenir, la educación se constituye como un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia la paz, la libertad y la justicia social.

Aprender a ser, aprender a hacer, aprender a pensar y aprender a convivir se configuran como los grandes retos de la escuela para el siglo XXI.

Sin embargo esta tarea no es nada fácil en la actualidad, porque mientras la escuela tiene que educar en unos valores, derechos y habilidades determinados, nacidos del paradigma humanista, la dinámica de las sociedades capitalistas impone unas pautas y unos valores que contradicen lo que la escuela debe realizar en su historia diaria.

Mientras que la escuela tiene que educar para valorar la justicia, la igualdad, la convivencia, el *nuevo orden internacional* sigue imponiendo desde el pragmatismo más absoluto la ley del más fuerte, se hace sordo a los derechos más fundamentales de los seres humanos en los países que él mismo empobrece, considera el poder del dinero como la máxima aspiración y *fabrica la exclusión social* dentro y fuera de sus fronteras.

Múltiples preguntas confirman esta contradicción cuando la escuela asume el reto de proporcionar a los más pequeños y adolescentes unos conocimientos, procedimientos y actitudes para poder entenderse a sí mismos/as y a los demás desde una convivencia donde la persona sea lo más importante:

- ¿Cómo educar en la convivencia teniendo en cuenta los valores que se cotizan en la sociedad?
- ¿Cómo potenciar la resolución de conflictos de manera no violenta si en muchas ocasiones la sociedad los resuelve violentamente?
- ¿Es posible que la escuela pueda fundamentar el ponerse en el lugar del otro, cuando la insensibilidad, la insolidaridad y la apatía impregnan la vida diaria?
- ¿Es posible entender para los niños/as y jóvenes, en la convivencia diaria, que los maestros/as, profesores/as quieren lo mejor para ellos cuando se deteriora tácitamente o peyorativamente su imagen?

Las soluciones a estas preguntas sólo son posibles si la sociedad, las administraciones educativas, la familia, los medios de comunicación responden, junto con la escuela, al reto que supone hoy educar a convivir.

La escuela tiene un potencial de intenciones a través de los cuales puede generar una visión de la vida en los más pequeños/as que les permita interpretarse a sí mismos y a los demás con las garantías suficientes para poder vivir reconociendo en los demás los mismos derechos, las mismas necesidades y los mismos sentimientos a la hora de resolver los conflictos, que necesariamente se dan con los demás. Pero, este potencial no podrá convertirse en realidad si no se le reconoce el valor que tiene, si no se escuchan las demandas que hace, si la misma escuela se ve abandonada desde todos los ámbitos en su práctica diaria.

Crear en los maestros/as y en los/as profesores/as, reconocer el trabajo que realizan en búsqueda de una sociedad distinta de una manera efectiva y no con grandes retóricas, posibilitar los recursos necesarios y la formación necesaria para abordar los retos concretos, son ejes indispensables para impulsar una nueva imagen de sí mismos/as, una autoestima mayor y la ilusión en un proyecto compartido con toda la sociedad, en el cual tienen su parte de responsabilidad.

Y todo esto, no solamente para preservar el tejido social de inseguridades futuras sino, sobre todo, porque los grandes perdedores, si no se aprende a convivir, serán los niños/as y jóvenes que aprenderán a resolver sus conflictos, de hoy y de mañana, de manera violenta.

Los grandes perdedores en este reto son los propios sujetos, que actúan de tal modo que ni se entienden a sí mismos, ni descubren a los demás con la singularidad y riqueza que cualquier ser humano tiene. Pero al mismo tiempo también pierde toda la sociedad, que se ve abocada a una convivencia imposible.